

*** COMENTARIO A TEXTOS SOBRE EL ESPÍRITU SANTO**

Fr Héctor Muñoz op (Mendoza-Argentina)

Antes de realizar dichos comentarios, les brindaré una información somera de quién es el Espíritu y de su misión tanto en la Iglesia como en cada uno de los bautizados.

Citando dos textos de san Pablo, el *Catecismo* (683) nos dice: "Nadie puede decir '¡Jesús es Señor!', sino por influjo del Espíritu Santo" (1 Cor 12,3) y añade: "Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abba, Padre!" (Gál 4,6). Sin la presencia y obra del Espíritu no es posible conocer a Cristo ni tener la fe, virtud que procede del Padre (cf Idem) y que nos permite llegar a Él y reconocer su amorosa paternidad.

Este *Nadie puede decir...*es lo mismo que afirmar 'Nadie puede saber que Jesús es el *Kyrios*, si el Espíritu no mueve sus labios, su inteligencia y su corazón a reconocer tal realidad'. Sólo por moción del Espíritu que nos permite el acceso a la Verdad plena podemos aceptar que Dios no sólo es el más perfecto de todos y causa de toda vida y aliento e inicio de todo movimiento, como quien no es movido por nadie, sino que es Padre, *nuestro Padre*.

Muchas veces se ha hablado sobre la tercera Persona de la Trinidad como del 'gran Desconocido' Si esto fuera verdad, intentaré brindar a los lectores algunos datos que nos permitan cambiar esa afirmación, pues el Espíritu de Dios es nuestro prójimo, compañero cercano de nuestro peregrinar cristiano.

El Señor Jesús nos dijo, en dos pasajes evangélicos, cuál sería la obra del Espíritu:

1) una ayuda-memoria, para que su Voz siga resonando en nuestros corazones, tal como lo hizo con sus contemporáneos, desde Pentecostés:

****El Espíritu Santo les enseñará todo y les recordará lo que les he dicho (Jn 14,26).***

2) Además, nos conducirá, paso a paso, hacia el conocimiento de toda verdad:

*** Cuando venga el Espíritu de la Verdad, Él los introducirá en el conocimiento de toda verdad (Jn 16,13).**

Y aquí tenemos que tomar 'conocimiento' en su sentido bíblico, como honda e íntima relación de desposorio con la Verdad plena que es Cristo.

Esto nos llevará a unirnos a Jesús haciéndonos uno con Él gracias al Espíritu.

Este es el mismo Espíritu que transformó a la Iglesia apostólica, de *replegada* sobre sí misma, en *desplegada* sobre el mundo.

Hablando del Espíritu, el Concilio Vaticano II nos dice que es

"El Espíritu de vida o la fuente de agua que salta hasta la vida eterna (cf Jn 4,14; 7,38-39), por quien el Padre *vivifica* a los hombres, muertos por el pecado, hasta que resucite sus cuerpos mortales en Cristo (cf Rom 8,10-11). El Espíritu *habita en la Iglesia y en el corazón de los fieles como en un templo* (cf 1 Cor 3,16; 6,19), y en ellos *ora y da testimonio de su adopción como hijos* (cf Gál 4,6). *Guía* a la Iglesia a toda la verdad y *la unifica* en comunión y ministerio, *la provee y gobierna* con diversos dones jerárquicos y carismáticos, y *la embellece* con sus frutos. Con la fuerza del Evangelio *rejuvenece* a la Iglesia, *la renueva* constantemente y *la conduce* a la unión consumada con su Esposo (...)" (LG 4).

Repasemos cuántos verbos nos pone el texto conciliar, para que - volviendo a ellos- constatemos el *trabajo* que el Espíritu tiene en la trama de la Iglesia y en la de cada uno de nosotros, los bautizados, piedras vivas del nuevo Templo en el que reside como en su casa, su verdadero hogar.

Sin el Espíritu, alma de la Iglesia y sangre que recorre sus venas, no podríamos llegarnos ni al Padre ni al Hijo.

Volvamos a los términos del texto de la LG acerca de la obra del Espíritu, Sopló de vida.

Él es *fuentes de agua*: y, como 'fuente', manantial inagotable que fertiliza allí a donde llega. También nos *vivifica* y hace volver a gozar la luz de la vida a quienes habíamos caído en las garras del pecado, porque dejarlo atrás y reingresar en la vida de la gracia, *es una verdadera Pascua*: paso de la muerte a la vida, es un resucitar como obra del Espíritu que viene de lo alto. También *habita* en la Iglesia y en nuestras almas, pero no como lo haría un huésped en un Hotel, sino como el que es familiar allí donde vive. *Conduce, unifica, provee y gobierna* a la Iglesia con los dones que dicho Espíritu tiene como propios y, por lo tanto, necesarios, para quienes no los tienen. No olvidemos que no es suficiente ni la Palabra de Dios ni los sacramentos. Necesitamos la presencia dinámica del Espíritu que nos hace ahondar en la comprensión de la Palabra y en el significado de los grandes Signos de Jesús. El Espíritu que procede del Padre y del Hijo *rejuvenece* constantemente a la Iglesia, *ora y testimonia* en ella, haciéndonos otros-cristos y manteniendo a la Iglesia tan joven como lo es Dios, "el más joven de todos", según el decir de San Agustín.

Cuando en los primeros tiempos, los cristianos decían, refiriéndose al Día del Señor: *-No podemos vivir sin el Domingo*, nosotros no nos equivocáramos si hoy afirmáramos que *'no podemos vivir sin el Espíritu*, porque Él nos rescata de la muerte, devolviéndonos al Reino de los vivientes y recomponiendo nuestro rostro según la suma belleza del rostro de Dios.

Además, sabemos que el Espíritu barre con nuestros miedos, como lo hizo en Pentecostés, abriendo las puertas cerradas detrás de las cuales los discípulos de Cristo se habían refugiado, lanzándolos luego a la apasionante aventura de la misión.

Así como el Espíritu otorgó en el Sinaí la Ley al Pueblo de Dios, Ley que lo marcaría a fuego, así hoy, desde Pentecostés, estamos sometidos al leve peso de la Nueva Ley, no grabada ya sobre piedra, sino en nuestros corazones. Vivir según el Espíritu es abandonar las obras *de la carne*, como nuevas creaturas que dejaron de ser *del mundo*, tomando *mundo* como ese cono de sombras que opaca la presencia de Dios y borra en nosotros su imagen y semejanza.

El Espíritu de comunión hace de lo múltiple, uno, forjando la unidad en la diversidad, tal como en el hombre y la mujer, muchos órganos se integran formando un solo cuerpo.

Cito, para finalizar, un texto esclarecedor de San Agustín:

Puesto que el Espíritu Santo nos convierte de multiplicidad en unidad, se le apropia por la humildad y se le aleja por la soberbia. Es agua que busca un corazón humilde, cual lugar cóncavo donde detenerse; en cambio, ante la altivez de la soberbia, como altura de una colina rechazada, va en cascada (...) En los humildes se encuentra capacidad para recibir al Espíritu (Sermón 270,6)

El Bautismo nos da la gracia del nuevo nacimiento en Dios Padre por medio de su Hijo en el Espíritu Santo. Porque los que son portadores del Espíritu de Dios son conducidos al Verbo, es decir, al Hijo, los presenta al Padre y el Padre les concede la incorruptibilidad. Por tanto, sin el Espíritu no es posible ver al Hijo, y sin el Hijo, nadie puede acercarse al Padre, porque el conocimiento del Padre es el Hijo, y el conocimiento del Hijo de Dios se logra por el Espíritu Santo (San Ireneo)

ooo ooo ooo

Comentarios a textos sobre el Espíritu Santo

1. Orígenes, De principiis IV,4,5

Del mismo modo que la participación en el Hijo de Dios nos hace hijos adoptivos y que la participación en la Sabiduría nos hace sabios en Dios,

igualmente también la participación en el Espíritu Santo nos hace santos y espirituales.

Sabemos que el Espíritu Santo es el Amor que procede del Padre y del Hijo y cuya misión es recordarnos lo que Cristo dijo y conducirnos al conocimiento de toda verdad. Es una ayuda-memoria para que no olvidemos la resonancia de la Palabra de Dios -de modo especial la de Jesús- y, de este modo podamos retenerla en la memoria del corazón, guardarla allí y posibilitar que se lleve a cabo su misión: hacernos uno con Cristo. Ésta es la obra del Espíritu: lograr la comunión con Cristo Jesús, su Persona, palabra y obras.

Para un padre que tenga un hijo, da lo mismo que éste sea adoptado o no. Si lo adoptó, lo eligió como hijo. Si no lo adoptó, aceptó su llegada como un acontecimiento feliz que lo perfeccionó y lo hizo crecer, prolongándose en su hijo. Conozco matrimonios con varios hijos; algunos, fueron adoptados; otros, son de su sangre. Es muy edificante oírlos hablar de sus hijos, adoptados o no. Me atrevo a afirmar que quieren más a los adoptados, porque a éstos los tuvieron no por la sangre o la carne, sino por la voluntaria decisión de dos corazones enamorados que decidieron hacerlos parte de su vida. Más aún cuando se trata de la adopción de niños minorados, física y/o mentalmente.

Frente a Dios, todos tenemos minoridades, más grandes..., más pequeñas...Nadie está exento de pecado e imperfecciones. Y aquí se hace patente la verdad de que ***"Dios no nos ama porque seamos buenos, sino que somos buenos porque Él nos ama"***.

El amor de Dios crea bondades allí donde llega. Por lo tanto, el Espíritu Santo de Dios es Soplo de vida y, en el caso que tratamos, no sólo de vida, sino ***de la vida de Dios.***

El texto de Orígenes afirma que ***la participación en el Espíritu Santo nos hace santos y espirituales, tal como Dios lo es.***

El Espíritu, ***al recordarnos la Palabra de Jesús,*** la insertó en nuestro corazón, y lo hizo como con una cuña difícil de sacar. Además, la misión de ***conducirnos al conocimiento de toda Verdad,*** en primer lugar mira a Dios-Verdad, sin excluir las ***verdades*** con "v" minúscula, que pueden ser alcanzadas habitualmente con las fuerzas de la inteligencia, aunque -oscurecida por el pecado-, ve trabada sus energías para alcanzar tal objetivo.

2. San Agustín, Sermón 161,7

Si temes la muerte, ama la vida. Tu vida es Dios, tu vida es Cristo, tu vida es el Espíritu Santo. Obrando mal no le agradas. No habita en un templo que amenaza ruina ni entra en un templo sucio. Pero gime ante Él, para que se limpie ese lugar; gime ante Él para que se edifique su templo, Reconstruya Él lo que tú destruiste; reforme Él lo que exterminaste; levante Él lo que tú

tiraste al suelo. Clama a Dios, clama interiormente, clama donde Él oye. Porque también pecas allí donde Él ve; clama allí donde Él oye.

Agustín pone el acento en una oración que debe ser *clamor*, tan clamor como el ruido del viento cuando sopla fuerte. Y el Espíritu es 'soplo', viento fuerte, a veces huracanado. Pero para poder clamar hay que conocerse a sí mismo, sin tapujos que nos muevan a engaño. El Espíritu nos destapa, tal como cuando, corriendo las sábanas, queda el cuerpo descubierto, como frente a un limpio espejo que refleja nuestra imagen, tal cual ella es, con sus perfiles luminosos y sus sombras oscuras. Un templo ruinoso corre el riesgo de desplomarse y un templo sucio es ingrato para cualquiera, más aún para un Dios que es Espíritu de Luz. Y si en el orden de las cosas humanas cuidamos el buen arreglo de nuestra casa ante una visita de importancia, ¡qué será si el Visitante no es otro que el mismo Dios que quiere instalar su morada en nosotros como en un templo santo, que Él mismo ha consagrado para constituirlo en su hogar!

El Espíritu reconstruye y restaura volviendo a poner en pie lo que nuestra impericia y desidia derrumbó.

Nos dice el Catecismo (684) que *"el Espíritu Santo, con su gracia, es 'el primero' que nos despierta en la fe y nos inicia en la vida nueva que es: 'que te conozcamos a ti único Dios verdadero y a tu enviado, JC' (Jn 17,3). No obstante, es el "último" en la revelación de las Personas de la Santísima Trinidad.*

El texto de san Agustín nos propone detenernos en algunos verbos que él usa: *Amar... Obrar... Habitar... Gemir... Clamar... Limpiar... Edificar... Reconstruir... Destruir... Reformar... Exterminar... Levantar... Tirar...*

'Amar' implica comunicar algún bien a la persona amada. Es dejarla mejor que cuando uno la encontró. 'Habitar' es un signo de algún tipo de posesión del lugar que habito. Es el lugar que me resguarda protege y contiene. No se puede vivir humanamente sin un espacio donde habitar haciéndolo algo propio, tal como la vestimenta o la comida. 'Gemir y clamar' no es sólo hablarle a alguien, sino hacerlo con densidad y cierta dosis de "pasión" que refuerce lo que la palabra simplemente 'dice'. No toda palabra es 'gemido o clamor'. Estos últimos términos estarán, a veces, unidos al llanto o a un volumen elevado de la voz o a gestos externos del cuerpo (un golpe de puño sobre una mesa, un brazo levantado enfatizando las palabras es un signo tal claro como la palabra hablada, o más aún).

Toda obra de bien es grata al Espíritu, pues de Él proviene. El Espíritu no lo es de demolición sino de edificación y restauración, poniendo en pie lo quebrado y caído. Por eso debemos clamar/gemir a Él ante el dolor y la deformidad causadas por nuestras quiebras y rupturas. El Espíritu hace soplar en medio de nosotros aires frescos de comunión, devolviendo buen ritmo a nuestros corazones discordes y con demasiado frecuencia a 'arritmias', paros y síncope. El Espíritu 'reconstruye y edifica' lo destruido y convierte los terrenos baldíos en bellos edificios, que sólo Él puede levantar. Por eso y, a diario, tendríamos que clamar: *¡Ven Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor!* En ese instante, Pentecostés se hará nuevamente presente en nosotros, imponiéndose como fuego y empujándonos como fuerte viento, para

recomponer en nuestra imagen, vieja y desgastada, la de Cristo, joven y luminosa.

Cada uno de nosotros tendría que poder afirmar; *-Para mí, la vida es Cristo, dado que nacemos a la vida de la fe, por su Palabra y crecemos en la fe por la audición y puesta en práctica de la misma, haciéndola carne en nuestras vidas.*

3. San Agustín, Sermón 270,6.

(...) Puesto que el Espíritu Santo nos convierte de multiplicidad en unidad, se le apropia por la humildad y se le aleja por la soberbia. El agua que busca un corazón humilde, cual lugar cóncavo donde detenerse. En cambio, ante la altivez de la soberbia, como altura de una columna rechazada, va en cascada. Por eso se dijo: -Dios resiste a los soberbios y, en cambio, da su gracia a los humildes (Sant 4,6). ¿Qué significa "les da su gracia"? Les da el Espíritu Santo. Llena a los humildes porque en ellos encuentra capacidad para recibirlo.

A nadie es negado el santo Espíritu de Dios, con la única condición de clamar por Él con insistencia. El hace de lo múltiple, uno: convierte en unidad lo disperso. Es Espíritu de comunión que barre con los espíritus de dispersión. Es quien logra la unidad en la Iglesia, constituyéndola en 'congregación', cuando nuestros desacordes podrían convertirla en 'disgregación'. Esa unidad/comunión es apropiada por el Espíritu sólo para las almas humildes, "pegadas al humus", cerca de la tierra, lejos de actitudes orgullosas que en verdad nos llenan, pero sólo de aire. La gracia de la filiación viene, por la Sangre de Jesús, sólo para quienes se hacen como niños, seres confiados que no se sueltan de las manos del papá. En el texto de san Agustín, él equipara "les da su gracia" con "les da el Espíritu Santo", Don que procede el Padre y del Hijo, máximo obsequio que un cristiano puede recibir, aunque sin merecerlo: el Amor de Dios, gratuitamente entregado sólo a los humildes que son -en el pensamiento de este santo Padre de Occidente- los capaces de recibirlo. ¿Cómo el pobre recipiente de barro que es el hombre, puede recibir la inmensidad de Dios, grandeza que parecería escurrirse de nuestras manos, como si quisiéramos meter en ellas el inmenso océano? No por otra razón sino porque el mismo Dios ha dilatado nuestros corazones a la medida del suyo, logrando que nuestras almas se ensancharan para albergar la grandeza de un Dios que sigue siendo un tesoro, aunque esté servido en vasijas de barro. Es tal alimento el que otorga dignidad a la fuente o vasija donde se lo sirve. Así ocurre con el Espíritu que santifica y consagra nuestros espíritus para llevarlos al nivel de Dios.

4. Cirilo de Alejandría, Comentario al Evangelio de san Juan, 10.

No es difícil percibir cómo transforma el Espíritu la imagen de aquellos en los que habita: del amor a las cosas terrenas, el Espíritu nos conduce a la

esperanza de las cosas del cielo, y de la cobardía y la timidez, a la valentía y generosa intrepidez de espíritu. Sin duda es así como imitamos a los discípulos, animados y fortalecidos por el Espíritu, de tal modo que no se dejaron vencer en absoluto por los ataques de los perseguidores, sino que se adhirieron con todas sus fuerzas al amor de Cristo. Se trata exactamente de lo que había dicho el Salvador: -Les conviene que yo me vaya al cielo (Jn 16,7). En ese tiempo, en efecto, descendería el Espíritu Santo.

Este texto nos remite al día de Pentecostés, día que cambia tanto la vida de los discípulos como los de la Iglesia naciente. Había en ellos cobardía y miedo, por eso estaban en el Cenáculo "con las puertas cerradas, por temor a la persecución". La primera reacción fue defenderse, encerrándose. Esa Iglesia llena de miedos, comprensibles todos ellos, pasa del encierro a la luz del día, abriendo sus puertas a la libertad de quienes saben que el Espíritu de fortaleza jamás la dejaría sola y librada a sus enemigos. La Iglesia, hasta ese momento replegada sobre sí misma, se convierte en desplegada sobre el mundo y los hombre. La 'Iglesia del silencio' se convierte en grito esperanzado proclamando que el Señor resucitó para jamás volver a morir, pues ni la muerte ni los cementerios fueron hechos para Él.

La 'generosa intrepidez de espíritu, de que nos habla Cirilo es la que hace decir a los bautizados que 'hay que obedecer a Dios antes que a los hombre' y esa actitud los mueve al testimonio de la sangre, rubricando de este modo sus palabras e imitando así más de cerca de Jesús crucificado. ¡Cuántas veces el Espíritu descendería sobre los hermanos para darles el valor que les faltaba para testimoniar al Señor! Ya en su bautismo en el Jordán, Jesús es ungido/consagrado por el Espíritu para mostrar al mundo el rostro luminoso del Padre, su poder y misericordia.

Ese mismo Espíritu que en la Creación planeaba sobre las aguas caóticas para darles una forma propia, es el mismo que en nuestros días nos mueve a configurar el nuestras vidas desordenadas otorgándonos la imagen del Hijo de Dios.

Nos dice san Gregorio Niceno que *no hay parte alguna en nosotros que esté desnuda del Espíritu Santo. Por eso es por lo que la confesión del señorío de Cristo se hace en el Espíritu por aquellos que lo aceptan, viniendo desde todas partes delante de los que se acercan por la fe (cf Catecismo 690).*

El Espíritu santifica y limpia cuerpos y almas. Esto lo constatamos tanto en el Bautismo como en la Confirmación. Aunque nos impongan las manos sobre la cabeza ungiéndola con el crisma, tanto nuestra alma como nuestro cuerpo quedan ungidos/consagrados, marcados con el sello del Espíritu. Nuestra palabra (¿pronunciada por el alma?) y nuestro testimonio (significado con gestos corporales) se unen en una única respuesta que manifiesta nuestra fe y la fe de la Iglesia:

Jesús es Cristo, "ungido", porque el Espíritu es su Unción, y todo lo que sucede desde la Encarnación mana de esta plenitud (cf Jn 3,34). Cuando por fin Cristo es glorificado (Jn 7,39), puede a su vez, al lado del Padre enviar el Espíritu a los que creen en él: Él les comunica su gloria (cf Jn 17,22) es decir, el Espíritu Santo que lo glorifica (cf Jn 16,14). La misión conjunta y mutua se desplegará desde entonces en los hijos adoptados por

el Padre en el Cuerpo de su Hijo: la misión del Espíritu de adopción será unirlos a Cristo y hacerles vivir con Él (Catecismo 690).

Vuelve el texto patrístico a manifestar una de las misiones del Espíritu; 'unirnos a Cristo y hacernos vivir con Él'. Se trata de hacernos uno con el Señor y, como consecuencia, uno con su Padre. Afirmar que estamos 'en comunión con el Espíritu', es lo mismo que decir que estamos en comunión con el sentir y el querer de Jesús y, por lo tanto, con la voluntad del Padre que lo engendró y con quien Jesús es una misma cosa: *Yo en ti y tú en mí...*

Esta realidad es claramente expuesta en el Catecismo 687 con estos términos:

Nadie conoce lo íntimo de Dios sino el Espíritu de Dios" (1 Cor 2,11). Pues bien, su Espíritu que lo revela nos hace conocer a Cristo, su Verbo, su Palabra viva, pero no se revela a sí mismo. El que "habló por los profetas", nos hace oír la Palabra del Padre. Pero a Él no lo oímos. No lo conocemos sino en la obra mediante la cual nos revela al Verbo y nos dispone a recibir al Verbo en la fe. El Espíritu de verdad que nos "desvela" a Cristo "no habla de sí mismo" (Jn 16,13). Un ocultamiento tan discreto explica por qué el mundo no puede recibirlo, porque no lo ve ni lo conoce, mientras que los que creen en Cristo lo conocen porque habita n ellos (Jn 14,17).

5. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, Cap, III, Creo en el Espíritu Santo (683-747) ; cf *speciatim* (La Iglesia, Templo del Espíritu Santo:797-810)

El catecismo dedica un amplio espacio a la tercera Persona de la Sma. Trinidad, y es un bien que lo haga, pues este tema lo vemos tratado en libros de Teología dogmático, con un lenguaje apto para especialistas o para personas muy formadas, tanto en los términos como en los contenidos de la teología trinitaria. En cambio, el Catecismo, sin renunciar al rigor y a la exactitud de sus términos, es un libro *de catequistas y para catequistas* y no para profesores de Teología o investigadores de esta ciencia, (los *scholars*, como son llamados en los países de habla inglesa). Sabemos que la Catequesis se ocupa de la transmisión vivencial de contenidos básicos de la fe de un cristiano. Nos damos fácil cuenta de ello con leer el Índice del Catecismo. Esos contenidos -de modo especial en el nuevo Catecismo se ven reforzados por una abundancia de textos, tanto de la Escritura, como de los Padres y del Magisterio de la Iglesia, son lo que hace de este libro un subsidio de gran importancia e invaluable , tanto para catequistas como para catequizandos.

No trataré aquí todos los números en los que el Catecismo nos habla del Espíritu, sino los que considero de mayor utilidad para los fines de este artículo.

n. 683. Hay aquí una frase que no podemos soslayar: "*Nadie puede decir 'Jesús es Señor', sino por influjo del Espíritu Santo*". Es lo mismo que decir que no podemos afirmar el señorío de Cristo-resucitado si el Espíritu no nos mueve con sus mociones a tal manifestación. En última instancia, no

podemos tener conciencia de quién es Jesús y de la misión que el Padre le encomendó, sin la necesaria intervención del Espíritu Santo.

n. 686. *Las intervenciones del Espíritu son necesarias en la vida de un cristiano "desde el comienzo del Designio de nuestra salvación y hasta su consumación. Pero es 'en los últimos tiempos', inaugurados con la Encarnación redentora del Hijo, cuando el Espíritu se revela y nos es dado cuando es reconocido y aceptado como Persona. Entonces, este Designio divino que se consume en Cristo "primogénito" y Cabeza de la nueva creación, se realiza en la humanidad por el Espíritu que nos es dado: la Iglesia, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne, la vida eterna.*

Nadie puede vivir cristianamente sin el santo Espíritu de Dios, Persona que lo lanza a dilatar su corazón, hasta la medida del amor de Dios, tal como se manifiesta y comunica en Cristo. Toda la Historia de Jesús y la de los bautizados, está empapada por el Espíritu y sus dones. Nadie ni nada escapa a su influjo santificador. Pero el Espíritu se revelará sólo a quienes lo reconozcan como Persona divina lo acepten e intenten vivir su vida, traduciéndola a los hermanos. El plan de salvación, por su propia fuerza interna, quiere desplegarse y expandirse hasta los límites infinitos que no son otros sino los del mismo Dios, a quien nos unimos en la humanidad de Jesús, igual a nosotros en todo, menos en el pecado.

Tal como lo expresa el Catecismo, no podemos saber qué es el Misterio de la Iglesia ni nuestro lugar en ella como co-redentores, ni saber en qué consiste la invisible comunión entre los bautizados, llamados a la santidad, i captar en profundidad lo que significa ser perdonado y que el Señor arranque de raíz nuestras culpas, ni volver a recuperar la vida después de haberla perdido por los embates de la Muerte y haber padecido la resurrección. Menos aún, aceptar que me será obsequiada una vida que no tendrá término, en la plenitud del gozo de una Presencia, la de Dios tal cual Él es.

n. 703. *La Palabra de Dios y su Soplo están en el origen del ser y de la vida de toda creatura.*

Este dato no se refiere sólo a lo obrado por Dios en la primera Creación por su Verbo y el Espíritu, cuando saca todo de la nada y lo lanza a la vida, sino también para cada una de nuestras vidas singulares, en su ser y en su obrar. El mismo Espíritu que flotaba sobre las aguas es el Viento sonoro de Pentecostés y la suave brisa que mueve nuestros labios para que a Jesús podamos llamarlo 'Señor'. No podemos ni debemos olvidar esta realidad, para constatar la presencia del Espíritu en cada instante de nuestras vidas, aun en las pequeñas cosas que nos manifiestan el ser y el hacer de Padre y de su Espíritu, por la mediación sacramental de la humanidad de su Hijo, que siempre obra según su Espíritu. Es como el aire que respiramos, aunque no nos demos cuenta de su presencia.

n. 799. *En el hablar común, usamos los términos de modo algo inapropiado: Por ejemplo: -Messi tiene más 'carisma' que Maradona...*

Nos dice el texto del Catecismo: "*Extraordinarios o sencillos y humildes, los carismas son gracias del Espíritu Santo, que tienen directa o indirectamente,*

una unidad eclesial: los carismas están ordenados a la edificación de la Iglesia, el bien de los hombres y las necesidades del mundo.

Estas gracias del Espíritu. Nos ayudan a anudar la comunión eclesial y a lograr el bien de los hermanos y de todos los hombres, para que la Iglesia, edificada sobre la Roca que es Cristo, pueda ser en verdad, una comunión de fe y amor, en la esperanza de que Jesús volverá para el juicio definitivo. También allí el Espíritu tendrá su lugar.

